

N° 17500

2



17500

926

v48h

**HOMENAJE**  
 DE LA  
**UNIVERSIDAD DE CUENCA**

IV CONGRESO DE MEDICINA Y  
 I DE CIRUGIA ECUATORIANOS

GUAYAQUIL, A 17 DE  
 SEPTIEMBRE DE 1952.

CUENCA - ECUADOR

1952

926  
 17500  
 7500

## Homenaje de la Universidad de Cuenca

— 6 —

personalidades que constituyen los Comités encargados de la realización de los Congresos y a las instituciones auspiciadoras de tan importantes reuniones; expresa su cálido saludo a los sobresalientes Médicos de la Patria que han sido delegados para que con sus conocimientos y luces contribuyan al engrandecimiento de la Ciencia Médica en el Ecuador y forjen votos porque el éxito corone las labores de los

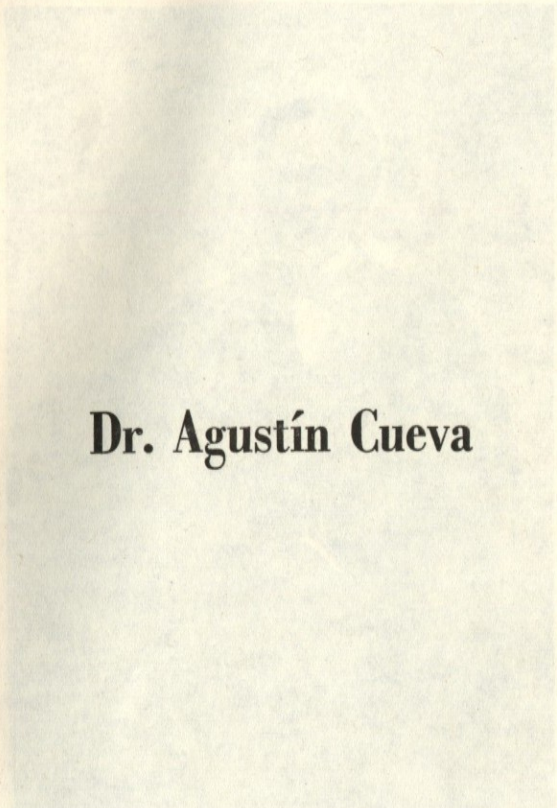
Para continuar la obra ponderada y benéfica realizada por los Congresos Médicos reunidos en Guayaquil los años 1915 y 1930 y en Quito el año 1942, la Sociedad Médico - Quirúrgica del Guayas—Corporación de carácter científico que ha alcanzado puesto de distinción y elevado prestigio entre las similares del Ecuador y de América— ha tenido el acierto de convocar el IV Congreso de Medicina y I de Cirugía Ecuatorianos que se desarrollarán, con el auspicio del Gobierno Nacional, del M. I. Concejo Municipal de Guayaquil y su docta Universidad, en la preclara ciudad de Rocafuerte y del 9 de Octubre de 1820.

La Universidad de Cuenca, cuya Facultad de Ciencias Médicas ha sido especialmente invitada a participar en el importante certamen, tanto por los estrechos vínculos que le unen a la ciudad fraterna y a la Ilustre Universidad de Guayaquil, cuanto porque es su deber dejar oír su voz de Institución de Cultura en los estadios del pensamiento y del saber, tributa su homenaje de admiración a la Sociedad Médico - Quirúrgica del Guayas, a las distinguidas

personalidades que constituyen los Comités encargados de la realización de los Congresos y a las Instituciones auspiciadoras de tan importantes reuniones; expresa su cálido saludo a los sobresalientes Médicos de la Patria que han sido delegados para que con sus conocimientos y luces contribuyan al engrandecimiento de la Ciencia Médica en el Ecuador y formula votos porque el éxito corone las labores de los Congresos de Medicina y Cirugía Ecuatorianos.

Y como su modesto aporte, la Universidad Cuencaña entrega en este opúsculo a la consideración de los miembros de los Congresos Médicos, las biografías sintéticas de los Protomédicos de la Atenas del Ecuador, escritas por la pluma maestra del señor doctor don Juan J. Ramos, meritísimo Catedrático y Secretario que fué del Instituto, publicadas en la "Revista de la Escuela de Medicina" en el año 1902, órgano del cual han sido tomadas para ser reproducidas ahora con el anhelo de que el recuerdo glorioso y venerando de Agustín Cueva, Francisco J. Cuesta, Antonio Ortega y José Oramas, sirva de estímulo a la consecución de nuevos lauros y mejores triunfos en el amplio y difícil campo de la Ciencia Médica.

La Universidad de Cuenca saluda emocionada en este día a los prominentes miembros del IV Congreso de Medicina y I de Cirugía Ecuatorianos. Cuenca, a 17 de septiembre de 1952.



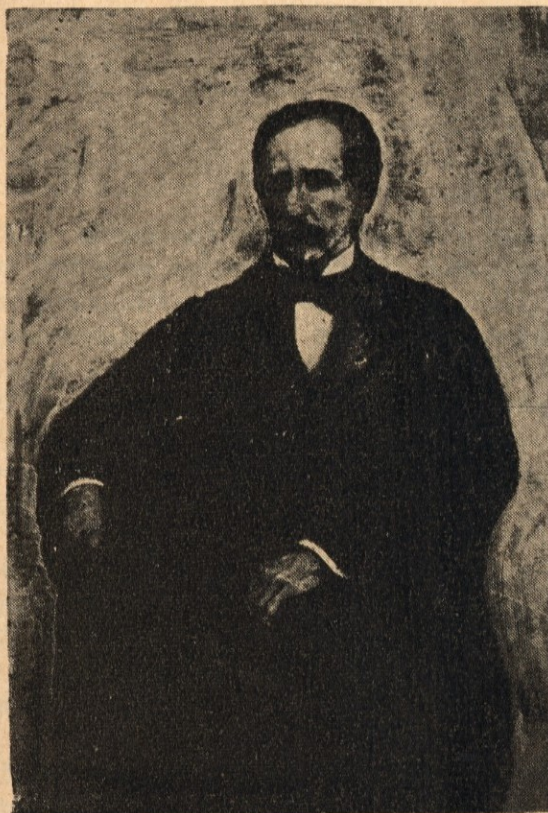
Dr. Agustín Cueva

personalidades que constituyen los Comités encargados de la realización de los Congresos y a las instituciones hospitalarias de las importantes reuniones expresa su cargo relativo a los sobresalientes Médicos de la Patria que han sido delegados para que con sus conocimientos y juces contribuyan al engrandecimiento de la Ciencia Médica en el Ecuador y formen su voto porque el éxito corone las labores de los Congresos de Medicina y Cirugía Ecuatorianos.

Y como su modesto aporte, la Universidad Cuenca entregó en este opusculo a la consideración de los miembros de los Congresos Médicos, las insignias sinérgicas de la Facultad de Ciencias Médicas del Ecuador, escritas por la pluma maestra del señor doctor don Juan de Ramos, ex catedrático de Anatomía y Secretario que fue del Instituto, publicadas en la "Revista de la Escuela de Medicina" en el año 1932, según el cual fue a la Comada para ser reproducidas en el presente libro que el secretario general y verificador de Aguilón Cuyas, Francisco J. Cuyas, Antonio Ortega y José Guzmán, se ha esforzado a la obra de darle la mejor forma y mejores detalles en el diseño y dibujo, por parte de la Ciencia Médica.

La Universidad de Cuenca entrega en esta obra a los comunicantes miembros del IV Congreso de Medicina y I de Cirugía Ecuatorianos.

Cuenca, a 17 de septiembre de 1952.



SR. DR. DN. AGUSTIN CUEVA

Oleo de Luis Pablo Alvarado

(Galería de Decanos de la Facultad de Ciencias Médicas).



DR. DR. DON AGUSTIN CUEVA  
Calle de las Flores  
Cuenca, Ecuador

de esta ciencia, mereció de sus eximios maestros, Gata y Espinosa, muestras públicas y no escasas de singular aprecio.

Doctorado en 1834, con redacción de cuanto habían conocido sus méritos, regresó a la casa paterna, conservando, entusiasta,

Este acendrado patriota, hombre público con dotes de escritor y orador parlamentario, funcionario y representante popular, insigne médico fundador de tan humanitaria ciencia, en Cuenca, capital de la Provincia del Azuay, donde fué profesor de Clínica y primer Decano de la respectiva Facultad, nació el 24 de Agosto de 1820, en la ciudad indicada.

Cursó Humanidades, bajo la dirección del renombrado Maestro don Juan Sánchez; y Filosofía, a cargo de su hermano mayor, el Dr. Mariano Cueva, una de las lumbreras patrias.

Después de terminados lucidamente estos estudios; llevado de la natural inclinación de su genio, hacia el bien, y viendo que su suelo natal, cuna de varones ilustres, no contaba, por entonces, con un médico ni una Escuela de Medicina; en 1838 se trasladó a Quito, donde, consagrado al estudio

de esta ciencia, mereció de sus eximios maestros, Gala y Espinosa, muestras públicas y no escasas de singular aprecio.

Doctorado en 1834, con regocijo de cuantos habían conocido sus méritos, regresó a la casa paterna, conservando, entusiasta, la grande idea de fundar, en el lugar de su nacimiento, la enseñanza médica.

Pudo realizar tan elevado propósito en 1852; mas, qué desgracia!: tuvo que suspender esa bienhechora empresa, a causa de haberse decretado su destierro, por juzgarle comprometido en una revolución política, piedra fatal donde han tropezado nuestros genios más eminentes.

Empero, deseoso de recuperar tales pérdidas; y sin más fin que propender al levantamiento de la Patria y al alivio de la humanidad, venciendo mil dificultades, en 1856, viajó a París, para dedicarse al estudio de la Química, y profundizar más los secretos de la Medicina, recibiendo las sabias lecciones de eminentes médicos, como los Profesores Trousseau, Regnaud, Ricord, Becquerel y Tardieu, severo Decano, quien le hizo la honrosa distinción de dispensarle su amistad.

Escuchó pues, a tales maestros con notable aprovechamiento, hasta que urgido por inevitables contrariedades y a despecho suyo, tuvo que regresar a su idolatrada Cuenca, para continuar en ella su sacerdocio médico.

Sin olvidarse jamás del papel a que le había destinado la Providencia, y más conocedor del inagotable desenvolvimiento de la ciencia médica, escuchaba, atento, las observaciones de sus profesores; afanado, daba a conocer sus adelantos propios y adquiridos, procurando difundirlos, y facilitar los medios para conseguirlos: todo de acuerdo con la ley del amor al prójimo, como médico creyente. Cuerdo y modesto, nunca antepuso al alivio del enfermo, la ridícula ostentación de importuno saber. Magnánimo y caritativo, juntaba al ejercicio de su profesión la limosna cristiana; y acudía con mayor solicitud a la súplica del indigente que a la llamada del poderoso.

Por esto, ¡con cuánta razón se le consideraba como a una segunda Providencia, y se le llamaba el padre y el consuelo de los pobres!

En 1868, instalada la Universidad del

Azuay, fué legal y merecidamente elegido profesor de Clínica y primer Decano de la Facultad médica. Debía ser inamovible en estos cargos; mas, cuán miserable es la condición humana! Poco antes de su muerte, el Dr. Cueva fué destituido de tales empleos, por ser adverso a la política de la época: no adivinó el conspicuo Gobierno de entonces que, con este paso, daba un golpe fatal a la Institución pública y un corruptor ejemplo.

Hombre público y ardoroso patriota, manifestó de viva voz y por la imprenta, como funcionario municipal y como redactor de "El Dos de Marzo", "El Cuencano", "La República" y "El Atalaya"; de igual modo que en el Congreso de 1868, que la mira de su conducta sólo se dirigía a sostener y defender los sanos principios democráticos, los intereses comunes, el bienestar y adelanto de sus conciudadanos, anhelando, siempre, el engrandecimiento de la Patria.

Padre tierno y amoroso, amigo franco y leal, fué el modelo de padres y amigos: de aquí que en su hogar, habitaron de asiento, la fraternal confianza, el deber observado y la paz del bueno: de aquí que, enemigo de la doblez y la traición, dotado de genial

amabilidad, y de franqueza nunca importuna, fué reputado como la viva personalidad de aquellos verdaderos amigos deseados por Sócrates.

En fin: hombre de talento poco común, de variados y sólidos conocimientos, de grandes virtudes cívicas, de severidad catoniana, y opuesto a la injusticia, fué apto para todo lo bueno, para todo lo grande y elevado.

### Dr. Francisco J. Cuesta

Y es por lo mismo que, a su muerte, ocurrida en 1873, reconocidas imparcialmente tan relevantes prendas, sus numerosos y cordiales amigos, y los que se decían sus adversarios, manifestaron en duelo público, el profundo sentimiento por su irreparable pérdida; y hoy, el autor de estos rasgos tiene a grande e inmerecida honra, ser quien tributa este corto homenaje de veneración y respeto, a la memoria de uno de los más preclaros hombres que ha producido el no infecundo suelo cuencano.

ambigüedad y de franqueza nunca importa  
 na. fué reputado como la viva personalidad  
 de aquellos verdaderos amigos deseados  
 por Sócrates. En sus cartas y en sus  
 reuniones de esta época se manifiesta  
 -En fin: hombre de talento poco común,  
 de variados y sólidos conocimientos; de  
 grandes virtudes cívicas, de severidad cató-  
 nica, y opuesto a las injusticias, fué esto  
 para todo lo bueno; para todo lo grande y  
 elevado.

Hay en él la misma y que, pasado un  
 tiempo, en 1873, reconocidas, impudicis-  
 mente tan relevantes prendas y sus nume-  
 ros y cordiales amigos, y los que se dedican  
 sus adversarios, manifestaron en duelo por  
 él el profundo sentimiento que su inte-  
 rior perdía y hoy, el autor de estos  
 rasgos tiene a grande e inmerecida honra,  
 separar en tributa este corto homenaje de  
 veneración y respeto a la memoria de uno  
 de los más preciosos hombres que ha pro-  
 ducido el no infrecuente suelo cuencano.

Padre tierno y amoroso y amigo y  
 de la vida y de la vida de él, fué el que  
 enseñó a pensar, a regar su alma que  
 y observar el deber, el amor, la fraternidad  
 de la paz que él mismo fué el que  
 la nobleza y la traición, el deber y el

## Dr. Francisco J. Cuesta

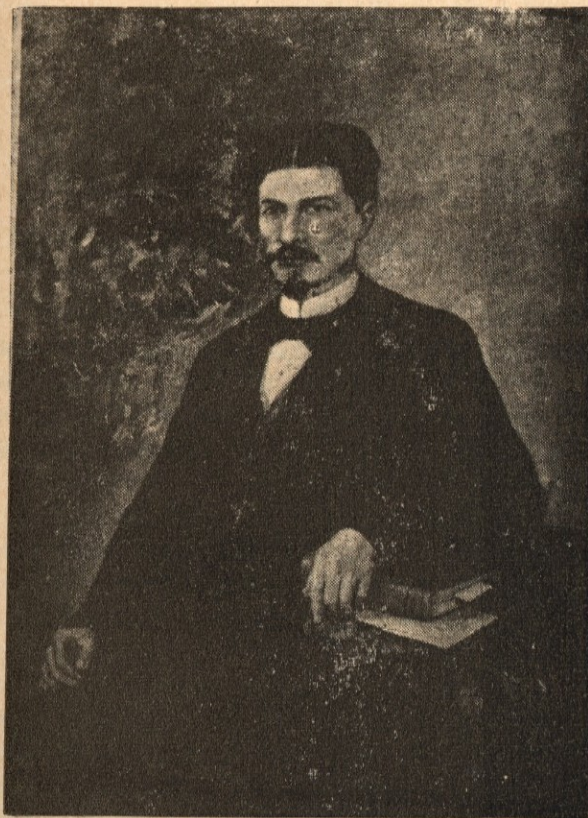
DR. DR. FRANCISCO J. CUESTA

Dr. Francisco J. Cuesta

Dr. Francisco J. Cuesta



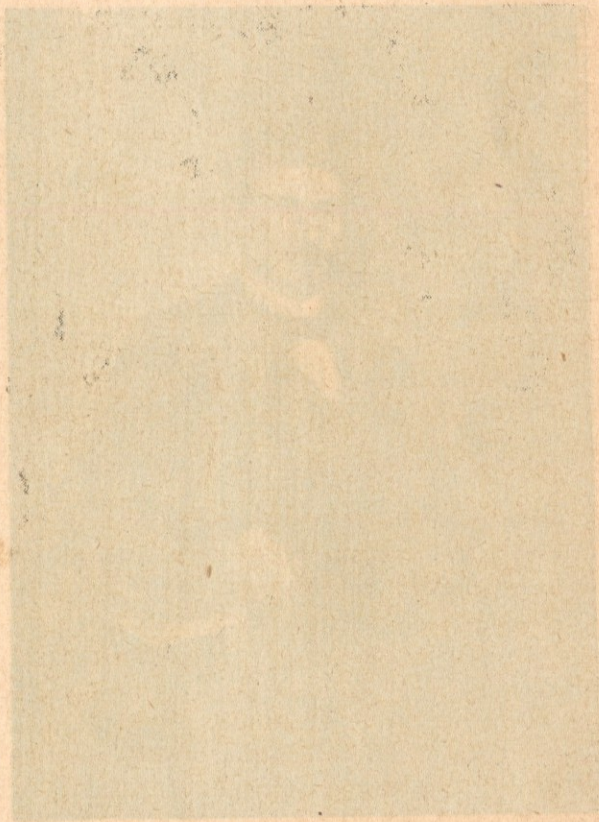
Dr. Francisco J. Cuesta



SR. DR. DN. FRANCISCO J. CUESTA

Oleo de Luis Pablo Alvarado

(Galería de Decanos de la Facultad de Ciencias Médicas).



SEÑOR D. FRANCISCO J. CUESTA

SEÑOR D. FRANCISCO J. CUESTA

SEÑOR D. FRANCISCO J. CUESTA

estudio de la Medicina; tuvo de enviarse a Latacunga, a que de allí, tan luego que aprendiera la Química y las ciencias adyacentes a ella, bajo la dirección del sabio Caxta, pasara a Quito, único lugar de la República donde, el futuro médico, podría saciar sus nobles aspiraciones.

Nació en Cuenca, el 6 de Octubre de 1836.

Como se verá más adelante, no salió fallido el cálculo que, acerca del porvenir del pequeño, hizo su maestro de primeras letras, el célebre matemático práctico D. Mauricio Garzón.

A los diez años de edad, entró al Colegio Seminario cuencano. Cursó en él Humanidades y Filosofía; mereciendo ser aprobado, en todos sus exámenes, con votaciones de primera clase; y el que, Profesores como el eminente escritor político Sr. D. Rafael Borja, y el benemérito Dr. Miguel León, filósofo y teólogo profundo, que murió siendo uno de los más dignos obispos de esta Diócesis, hicieran grande loa del talento y aptitudes del joven educando.

En 1856, accediendo su honrado padre a las vivas y reiteradas instancias con que le urgiera Francisco, para poder dedicarse al

estudio de la Medicina; tuvo de enviarse a Latacunga, a que, de allí, tan luego que aprendiera la Química y las ciencias adyacentes a ella, bajo la dirección del sabio Cázola, pasara a Quito, único lugar de la República donde, el futuro médico, podría saciar sus nobles aspiraciones.

A poco de haber emprendido su carrera médica por el estudio de la **Química**; la clara inteligencia, aptitud y talento del recién llegado escolar, llamaron la atención de su maestro; quien, no obstante de contar con los jóvenes Nicolás Ugalde, B. Jara, F. Sarrade, N. Fuentes, todos, de acreditado renombre; y los dos últimos, hábiles preparadores, hizo a Cuesta la honrosa distinción de conferirle cargo igual, reputándole uno de los mejores estudiantes habidos en su profesorado.

Terminados estos estudios, dirigióse a la capital, donde, cuando llegó el caso de presentarse a rendir los exámenes de Anatomía, Fisiología y Química, tuvo la suerte de que los presidiera, como Rector de la Universidad, el ilustre García Moreno, juez muy competente en esa ciencia de la afinidad de los átomos, que había recientemente aprendido en Europa.

El lucido despejo que ostentaron, sobre todo los últimos actos, merecieron la unánime aclamación de la barra, el aplauso de sus examinadores Sáenz y Espinosa, sabio Decano de la Facultad; y el que, el Sr. Rector, terminara una corta pero muy honrosa laudatoria, aseverando que, alumnos como Cuesta, eran la fundada esperanza de la Patria.

Tan fausto acontecimiento, ocurrido a los primeros pasos de su iniciada carrera, fué el presagio del brillante porvenir que le aguardaba al joven cuencano.

Desde entonces, su nombre se volvió popular; la noble juventud y varias personas notables de la culta sociedad quiteña, llegaron a ofrecerle su amistad y sus valiosos servicios; sin dejar de ser mirado, con distinción, por los Profesores de la Facultad Médica; al extremo que, cuando pasó a estudiar Cirugía, los maestros de los cursos anteriores, y en particular, el gran Decano, le honraron, ocupándole como suplente de sus clases, hasta cuando, después de doctorado con pompa y lucimiento, regresó al modesto hogar de sus padres.

Vuelto a constituirse en el suelo natal, las

atildadas prendas del Dr. Cuesta, le atraje-  
ron numerosa clientela, de la cual nunca  
esperó sino un óbolo de gratitud; mas, con-  
vencido de que el médico cristiano, tiene  
en los pobres y menesterosos, muchos her-  
manos y amigos a quienes consolar, aliviar  
y proteger, no contento con prodigarles,  
particularmente, cuánto estaba a sus alcan-  
ces; contribuyó, con actividad, a la funda-  
ción del Hospital, en San Blas, y tuvo la  
satisfacción de prestar en él sus importantes  
servicios profesionales.

Entusiasta por todo lo bueno, decidido  
amante de la ciencia, en la cual fundaba el  
engrandecimiento de la Patria y el timbre  
de sus glorias, fué, también, uno de par-  
ticipes en la colosal empresa de fundar el  
Colegio Nacional azuayo, efectuada por  
nuestro grande, benéfico e inmortal Dr. Juan  
Bautista Vázquez, uno de los más esclare-  
cidos varones con que se honra la Patria.

Abierto el mencionado Colegio, pasó a  
ser en él Profesor de Química y Botánica,  
y, accidentalmente de otras asignaturas.

Cuando en 1870 se refundieron, en uno,  
los dos Colegios de la provincia, bajo la  
dirección de los RR. PP. Jesuitas, el Dr.

Cuesta continuó en el puesto indicado: que  
supo, dignamente, regirlo.

Me es dado, por honra mía, indicar que  
la continuación de estos rasgos, la expongo  
como testigo presencial; ya que al consa-  
grarme por entonces, al estudio de la Medi-  
cina, tuve la fortuna de hacerlo, a cargo del  
eximio Profesor Dr. José Oramas, y del  
maestro de quien me ocupo.

Bajo la protección del R. P. Miguel Fran-  
co, docto y eminente jesuita, que hacía de  
Rector, abrió, ese año, la clase de Química  
práctica. En ella enseñó a sus alumnos, a  
preparar no escaso número de cuerpos sim-  
ples y compuestos, atendiendo, más espe-  
cialmente, a aquellos que incumben a la Te-  
rapéutica y a la Toxicología. Dióles a conocer  
distintos procedimientos para blanquear va-  
rios objetos, tales como los sombreros de  
paja y las ceras; mostróles a estañar el hie-  
rro y dar pavón a las armas blancas; a fa-  
bricar fósforos, pólvora fina, municiones,  
platear, dorar y esmaltar metales. Fuera de  
esto, hizo adelantar la industria, mejorando  
el trabajo de la loza, perfeccionando la foto-  
grafía y dando a conocer la manera de  
sacar el azúcar de la totora (*scirpus toto-  
ra*); y así otras cosas, que da pena no  
poderlas insertar en este corto artículo.

En Química especulativa, tuvo la gloria de adelantarse más de una vez, a los Químicos europeos: basten para demostrar este acerto, dos notables pruebas, que al presente, mi ruin memoria las recuerda.

Sostuvo en 1865, en acto público, y apoyándose en razones de alto peso, que el gas hidrógeno era un metal. Cuatro años después, por la primera edición del tratado de Química de Trosst, hecha en 1869, se vió que, varios maestros de esa ciencia, habían confirmado la valiente opinión del Químico cuencano.

Asimismo, antevió la teoría **monádica** que, años más tarde, el P. Dressel, Profesor de Química de la Escuela Politécnica de Quito, la presentó en una importante obra, que para tal asignatura compuso.

Que poseyera sólidos conocimientos sobre otros ramos de su ciencia profesional, lo dicen: su facilidad diagnóstica, el adecuado tratamiento que empleaba en la curación de sus enfermos; y el haber entrevistado, guiado sólo por su clara inteligencia, la **capa rolándica** y la **neurona de coordinación**, no ha mucho demostradas. Dijo, más o menos, una vez, en acto público: no sé dónde

he visto que, si hay sordo-mudos, unos imbeciles y otros vivos e inteligentes, hasta llegar a ser músicos, es forzoso confesar que, existen en el cerebro humano, varios aparatos de los cuales se vale el espíritu, para ejercer sus funciones psíquicas. Y en otra ocasión: si las histéricas, ejecutan variados movimientos complejos, pero incoherentes, es porque su médula espinal se halla comprometida en varios puntos de su extensión.

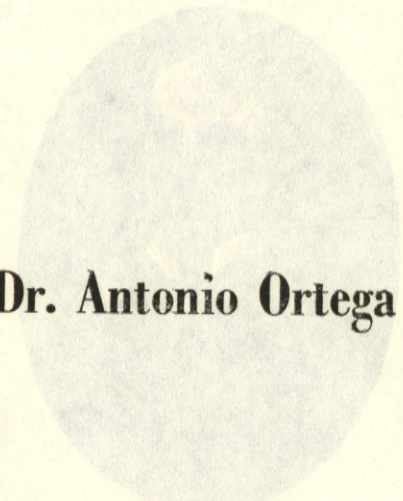
La asidua concurrencia a los Hospitales, durante su permanencia en Quito, y los palmarios adelantos que hizo en la práctica quirúrgica, le valieron a que, como médico y cirujano militar, presenciara el combate de Sabún, en el cual se ensayaron los fusiles llamados de percusión: fué, pues, el Dr. Cuesta un Cirujano de talla no pequeña.

A la inesperada separación del Dr. Cueva del profesorado y Decanato de la Facultad Médica, fué, mercedamente, llamado a sucederle, en el último cargo, tan honroso y elevado, por entonces; siendo de advertir que, más tarde, volvió a ocuparlo, con el lucimiento de costumbre.

Como ciudadano, como amigo y padre, fué tan honrado, tan bueno y ejemplar, cual su amigo y comprofesor Cueva.

Atenta su memoria privilegiada, su imaginación rica, viva y fecunda, su agudeza de ingenio, su claro y vasto talento, apto para las artes y las ciencias; y todo esto, acompañado de expresión fácil, culto chiste, seductor donaire, y galeno estilo; no parece aventurado suponer que, cambiando el estado y condiciones del Dr. Cuesta y constituido en mejor teatro, al dedicarse a la novela científica, hubiera seguido los pasos de Julio Verne; habría escrito sobre asuntos médico-filosóficos, a manera de Tronseau; hubiera investigado, opinado y criticado como Jaccoud; y experimentado y enseñado, al estilo de Graves y Virchow; en Química, no hubiera ido en zaga a los medianos.

Grande y excelso Maestro mío: si no te hubiera arrebatado la muerte, al comenzar la caída del sol de tu existencia, y vivieras hoy, ¡cuán claro brillaría tu alto ingenio, ante la fecunda e inagotable transformación, casi revolucionaria, del inmortal Pasteur! ¡Cuánta luz me hubieras prodigado en el magisterio médico que, sin merecerlo se me ha confiado!... Mas, silencio: no nos es dado turbar, con lágrimas, la calma de los que duermen en el seno del Señor! Descansa en paz, noble amigo y maestro mío!

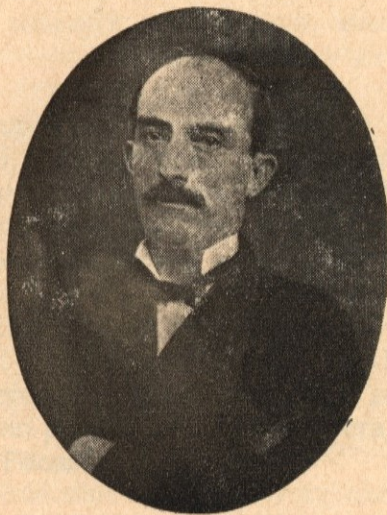


**Dr. Antonio Ortega**

SE DE DR. ANTONIO ORTEGA

Atenta su memoria privilegiada, su imaginación rica, viva y fecunda, su agudeza de ingenio, su claro y vasto talento, apto para las artes y las ciencias; y todo esto, acompañado de expresión fácil, culto y triste, seductor donaire, y galano estilo, no parece aventurado suponer que, cambiando el estado y condiciones del Dr. Cuesta y constituido en mejor teatro, al dedicarse a la novela científica, hubiera seguido los pasos de Julio Verne; habría escrito sobre asuntos médico-filosóficos, a manera de Tronseau; hubiera investido su ciencia, en el mundo como Jacobo Bonaparte, y hubiera escrito como Graves y Virchow; en Química, no hubiera ido en zaga a los medianos.

Grande y excelso Maestro mio: si no te hubiera arrebatado la muerte, al comenzar la caída del sol de tu existencia, y vivieras hoy, ¡cuán claro brillaría tu alto ingenio, ante la fecunda e inagotable transformación, casi revolucionaria, del inmortal Pasteur! ¡Cuánta luz me hubieras predigado en el magisterio médico que, sin merecerlo se me ha confiado!... Mas, silencio: no nos es dado turbar, con lágrimas, la calma de los que duermen en el seno del Señor!... Descansa en paz, noble amigo y maestro mio!



SR. DR. DN. ANTONIO ORTEGA



Al ocuparnos de este notable Médico cuencano, que nació en 1838, a orillas de nuestro poético y risueño **Tomebamba**, conviene hacer memoria, de un brillante grupo de jóvenes estudiantes, que, informados de las aptitudes y conocimientos, de un alumno de Derecho Civil, el hoy ilustrado Jurisconsulto, Sr. Dr. Manuel Coronel, solicitaron y consiguieron que, aquel concolega suyo, cuya edad no pasaba de 19 años, fuera su Profesor de Filosofía.

Atinado fué el nombramiento; pues, de ese mismo curso escolar, compuesto de jóvenes talentosos, sumisos y de conducta intachable, salieron varias celebridades azuayas, entre las que figuran médicos, como los Dres. Antonio Ortega, Haris, Oramas, José María Merchán y otros.

No siendo posible reseñar, en este breve artículo, los demás personajes que fueron discípulos del indicado Profesor, nos conten-



tamos con citar, para honra del Dr. Manuel Coronel, al Sr. Dr. Luis Cordero, nuestro más predilecto y venerado Maestro y magnánimo Protector, cuyo esclarecido nombre, nos excusa ponderar sus elevadas dotes y eminentes virtudes cristianas.

A mediados del siglo anterior, Cuenca, había producido Teólogos, Abogados y Jurisconsultos, Oradores y Poetas, y Escritores y Artistas, tan sobresalientes, que consiguieron señalarle un distinguido puesto en el rol de los pueblos civilizados; empero, bien se puede decir, que no contaba con más médicos, que el renombrado Dr. Agustín Cueva; y aún, no clareaba en el horizonte de élla, la luz que despidiera una Escuela de Medicina.

Notando ya este reprehensible vacío, el joven Profesor de Filosofía, arriba mentado, resolvió inclinar el ánimo de sus discípulos, al estudio de esa noble y elevada Ciencia. Según se deja ver, por lo expuesto, no salió vana la medida propuesta; y de aquí que, una de las indisputables glorias del Sr. Dr. Manuel Coronel está, en haber contribuido, de esta manera, a la definitiva fundación de la Escuela de Medicina en Cuenca, cuyo suelo, no escasea sus frutos cuando se lo cultiva.

Prestóse a tan árdua empresa, el culto y amanerado médico quiteño, Sr. Dr. Benigno Viteri, a cuyo cargo y dirección se abrió, en 1855 a 1856 esa noble y bienhechora enseñanza, con los jóvenes ya indicados, y los no menos talentosos estudiantes José Díaz y Benigno Piedra, quienes pertenecieron, también, a aquel conmemorado curso de Filosofía.

Llegados a este punto, es de saber que, el Dr. Antonio Ortega, a los primeros destellos de la luz de su razón, comenzó a manifestar un talento, poco común, en aquella edad; una imaginación viva y traviesa; y un carácter, a la vez que amable, condescendiente y sumiso. A los doce años, era un pomposo discursista, que hacía reír a su Padrino de bautismo, el grave Jurisconsulto, Sr. Dr. Mariano Cueva, que complacido, veía chispear el precoz ingenio de su ahijado.

Terminó sus estudios de Filosofía, manifestando su aprovechamiento en lucidos actos públicos, rendidos cada año escolar. Por esto, no fué extraño que, en los de Medicina, hiciera grandes progresos, sobre todo, desde que el Sr. Dr. Agustín Cueva, a su regreso de Europa, comenzó a enterar-

le de cuanto había adelantado en París, oyendo y estudiando, a los sabios Médicos de ese foco de luz, justamente mirado como el Portaestandarte de la civilización moderna, en sus rápidas conquistas.

Obtuvo las borlas del Doctorado en 1861, cual era de esperarse de un joven talentoso, lleno de pundonor y nacido con vocación médica; mereciendo antes, que la muy Honorable Convención de ese año, le dispensara el pago de las cuotas correspondientes a sus grados en Medicina, en atención a su conducta intachable, a sus notables aptitudes, y a la brillante calificación de sus exámenes, rendidos en actos públicos.

Llegó a ser uno de los médicos más populares: a ello contribuyó, poderosamente, su abnegada y heroica caridad cristiana, que le movía a socorrer al pobre y al desgraciado, prestándoles sus atinados servicios profesionales o consolándoles, siquiera, con el óbolo que su escasa fortuna le permitía consagrarles. Además, su carácter jovial y bondadoso, sus maneras cultas y delicadas, su fino trato, su decir franco, sincero e insinuante, acompañado de palabra fácil, llena de chiste y donaire oportunos, le gran-

gearon la estimación de sus conciudadanos, la simpatía del pueblo, y por lo visto, el cariño de los menesterosos.

Convencido, como el Dr. Francisco J. Cuesta, que el verdadero engrandecimiento de la Patria, depende de la civilización de las masas y la ilustración y el progreso de la juventud; fué también, uno de los más decididos contribuyentes, para la grandiosa fundación del Colegio Nacional cuencano.

Nombrado Profesor de Patología y Terapéutica, desempeñó estos cargos, en el dicho Establecimiento, con tanta dedicación y esmero, que tuvo la honra de haber sido maestro de Médicos como los Carrascos, Jerves, Adolfo Alvear y otros a quienes mentaremos en el próximo número de esta Revista; ya que, con los anteriores, constituyen el más preciado florón de la inmarcesible corona del Dr. Antonio Ortega, uno de nuestros maestros, entre cuyos sucesores, todavía no aparece su reemplazante.

No sólo fué para con sus discípulos el hábil e inteligente Guía que les dirigiera por el áspero sendero de esas ciencias; sino también, su cordial amigo, su sesudo hermano y su buen padre. Testigo de esto es quien,

al trazar estas líneas, recuerda con gratitud que, la dispensa de cuotas de sus grados en Medicina, la debe a la magnanimidad de este su generoso Profesor, quien gestionara por conseguirla, sin que el agraciado lo supiera; que Dios aumente tu gloria, noble amigo y maestro mío.

En Marzo de 1876, fué nombrado, de común acuerdo, Decano de la Facultad de Medicina, cuyo difícil cargo, supo desempeñarlo con el lucimiento propio de un médico pundonoroso, que no ostenta en público, oropeles, sino conocimientos sólidos, que le han encumbrado a esta altura.

Ciudadano excelente, modesto patriota y hombre de fondo, contando con medios adecuados, nos hubiera dejado una obra de **Clínica**, verdaderamente nacional y popular; porque, según él pensaba, debía limitarse a las enfermedades propias del lugar.

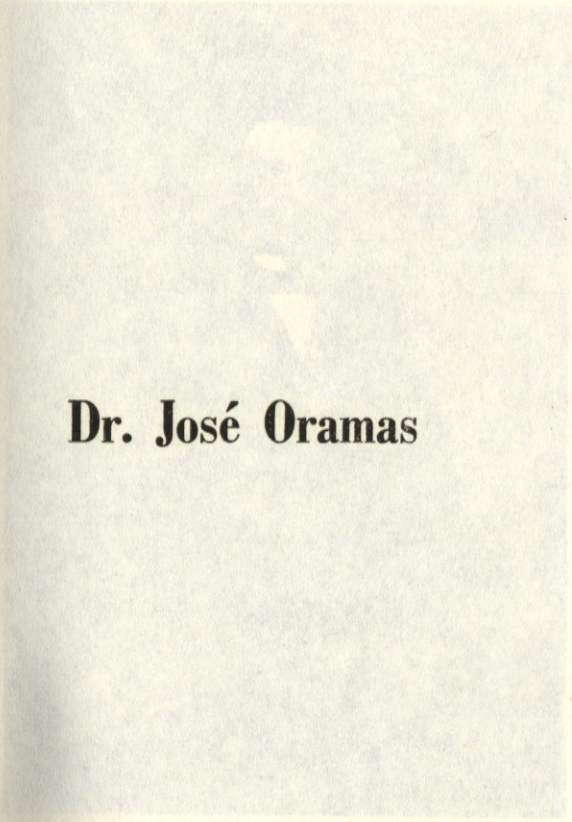
Como padre y como esposo, fué dechado de perfecto cariño y ternura exquisita. ¡Cuántos cuadros patéticos y conmovedores presenció su modesto hogar! ¡Cuán entrañable amor a sus inocentes hijos! ¡Qué afecto, tan íntimo y respetuoso, para su noble y virtuosa compañera! ¡Cuánta solicitud por la

cristiana educación de los suyos! mas, ni aún esto respetó la despiadada muerte.

A su regreso de la costa para su idolatrada Cuenca, donde le aguardaban su anciana madre, su esposa y sus tiernos hijos, sus deudos y amigos: ¡Qué desgracia!, sucumbió, víctima de la fiebre amarilla, en el pueblecillo llamado Molleturo, inesperado Nebo, desde el cual vió nublarse y desaparecer su nativo suelo, con su hermoso río, su cielo siempre azul. ¡Ay, Dios mío!, y lo que es más, sus prendas íntimas, que eran su mismo corazón...

Yo no tuve el triste consuelo de cerrar tus ojos, bueno y querido maestro mío; no pude cambiar tus últimas miradas con las mías; me fué vedado darte el Adiós postremo, besar tu bienhechora mano, cubrir tu cadáver con lejana tierra, y orar sobre tu solitario sepulcro, amparado por la sencilla Cruz redentora: empero, tú lo sabes, tú lo ves, la sensible fibra que de mi corazón te consagrara, no podrá paralizarla el frío de la ingratitud; y es élla quien dedica a tu sentida memoria, este afectuoso aunque breve recuerdo. Adiós, pues, bondadoso maestro mío: descanza en paz.

Yo no tuve el triste consuelo de cerrar  
 tus ojos, puesto y querido maestro mío, no  
 pude cambiar tus últimas miradas con las  
 mías, me fué vedado darte el Adios posture  
 to, pesar fué bienhechora mano, cuñada fué  
 cadáver con dejada tierra, y otra sobre tu  
 solitario sepulchro, amparado por la sencilla  
 Cruz redentora: empero, tú lo sabes, tú lo  
 ves, há sensible fibra que de mi corazón se  
 consagrar, no podrá paralizarse el frío de  
 la ingratitude, y es ella quien debiera a tu  
 noble memoria, este afectuoso saludo  
 y reverente recuerdo. Adios, pues, bondadoso  
 maestro mío, descanza en paz y omnia  
 virtutes in te habita, Cuanta soñaba por la



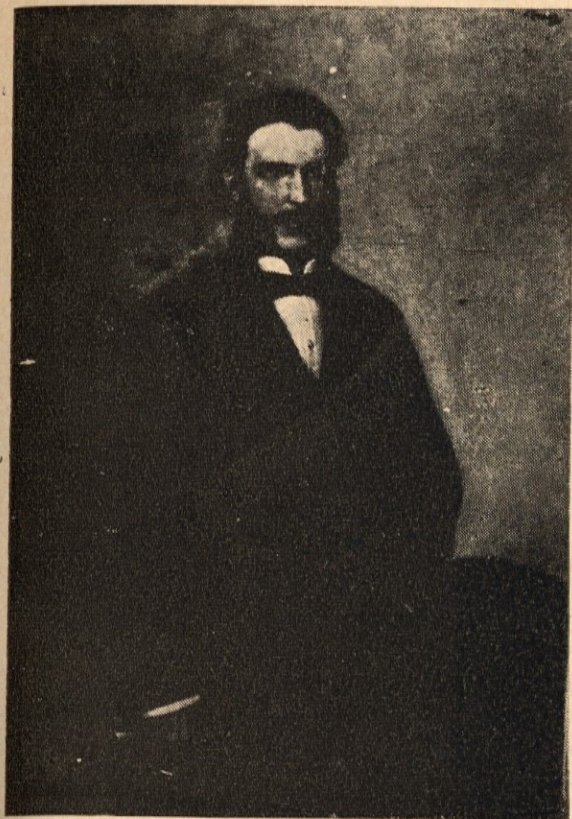
**Dr. José Oramas**

SR. DR. JOSÉ ORAMAS

Calle de San Pedro, Avila

Imprenta de la Escuela de la Paz, y de la Escuela de Artes y Oficios

Dr. José Oramas



SR. DR. DN. JOSE ORAMAS

Oleo de Luis Pablo Alvarado

(Galería de Decanos de la Facultad de Ciencias Médicas).

La temprana manifestación de sus disposiciones para el estudio, sus hábitos de su juventud, por su recto juicio, un talento claro y perspicaz, y otras nobles prendas naturales que sólo se cultivan al calor del modesto hogar cristiano.

La temprana manifestación de sus disposiciones para el estudio, sus hábitos de su juventud, por su recto juicio, un talento claro y perspicaz, y otras nobles prendas naturales que sólo se cultivan al calor del modesto hogar cristiano.

El célebre curso de Filosofía a que perteneció el Señor Doctor Ortega, tuvo, como ya lo dijimos, la suerte de procurar a la patria muchos prohombres más, entre los cuales se distinguieron los Señores Doctores Antonio Harris y José Oramas. Ambos tuvieron la particularidad de ser hijos de dos militares de la antigua Colombia; el primero, del Sr. Coronel D. Guillermo Harris, uno de los memorables ingleses que contribuyó a nuestra independencia; y, el segundo, del Sr. Capitán D. José Miguel Oramas, quien tuvo la fortuna de segar honrosos laureles en los campos de batalla en que, la Libertad, inmortalizó los nombres de Yaguachi, Pichincha, Ayacucho y Portete de Tarqui.

El Sr. Dr. José Oramas vino al mundo en 1840. No había heredado el valor marcial del señor su padre; pero sí, cierta enérgica virilidad de carácter; cierta estrictez de conducta, parecida a la severa disciplina mili-

tar; atemperadas, sujetas y ordenadas, desde su juventud, por su recto juicio, un talento claro y perspicaz, y otras nobles prendas naturales que, sólo se cultiva al calor del modesto hogar cristiano.

La temprana manifestación de sus brillantes dotes intelectuales, prometieron, frutos en flor, desde el primer curso de Filosofía; siendo por esto, no mediano compañero, de los Corderos y Almeidas, de los Harris, Ortegas y otros más; así que, terminó estos estudios conquistándose el renombre de estudiante talentoso y de conducta intachable.

Dedicóse a la carrera de la Medicina, porque llegó a comprender que, en tal profesión, hallaría su genio un verdadero pábulo: en efecto, su solicitud por la adquisición de tan difícil ciencia, su dedicación, cada día más constante, y los palmarios y no comunes adelantos hechos en ella, dieron a conocer que, no había nacido con vocación para el foro o el sacerdocio, cual lo habían pretendido sus padres y varios miembros de familia, sino para desempeñar el augusto ministerio de hacer el bien a sus semejantes; ya consolándoles, ya aliviando sus dolencias, como médico cristiano e inteligente.

Terminados sus estudios médicos, bajo la dirección del Sr. Dr. Benigno Viteri, y exployados sus conocimientos adquiridos en las clases, con las doctas lecciones dadas por el Sr. Dr. Agustín Cueva, partió a Quito a hacer su último repaso y solicitar su doctorado.

En vista de la lucida certificación que, respecto a su conducta, aptitudes, aprovechamiento y escasa fortuna, acompañó a la solicitud de sus grados en Medicina, la muy honorable Convención de 1861, compuesta de varones ilustres, tuvo a bien dispensarle el pago de las respectivas cuotas; siendo de advertir que, concesión tan hacedera hoy, entonces era dispensada por el Poder Legislativo, y sólo a estudiantes connotados y dignos por todos conceptos, a tan honorífica distinción.

Doctoróse en 1862, obteniendo en este grado, como en todos sus exámenes anteriores, votaciones de primera clase; llamando la atención del jurado de examinadores, de los jóvenes estudiantes de Medicina de la Capital, y de sus paisanos residentes en ella; por cuanto el joven médico Dr. José Oramas, era ya reconocido por ellos como una de las esperanzas del Azuay.

De regreso a la heredad paterna, ejerció en Cuenca su bienhechora profesión, con tanto crédito y acierto cual lo había previsto cuantos compatriotas suyos conocían su elevado talento, su genio médico y su filantropía, llevadas siempre, al grado de la caridad de verdadero creyente.

No contento con su saber adquirido, y deseando profundizar más los secretos de su ciencia profesional, y seguir, paso a paso su desenvolvimiento moderno, dedicóse y aprendió el francés y el inglés a fin de estudiar en sus fuentes las obras y periódicos de los grandes maestros de Europa, y aun de los Estados Unidos de América, que comenzaban a elevarse hasta la altura de los del Viejo Mundo.

Decidido, como sus demás compañeros ya indicados, por la ilustración y engrandecimiento de su país, cuna de no pocos ilustres ecuatorianos, fué también uno de los protectores de la juventud estudiosa, de aquí que, a la instalación de la Universidad del Azuay, se prestó voluntariamente a servir de Secretario y Colector del expresado cuerpo. De aquí que fué otro de los más nobles partícipes de la fundación del Colegio Nacional cuencano, siendo no sólo

su digno profesor de Anatomía y Fisiología, hasta que le imposibilitara su última enfermedad, sino aun contribuyendo a su levantamiento material, en junta de sus bien queridos alumnos.

No es esto todo: el profesorado fué siempre visto por él, como la sustitución de la paternidad, confiada, benévola y honrosamente a los maestros, y es por ello que uno de sus puntos de mira, fué la vigilancia y fomento de la virtud en el corazón de sus discípulos, y el que, más de una vez, oculta y caballerosamente, protegiera a jóvenes indigentes, proporcionándoles cuanto estaba a sus alcances a fin de que continuaran su emprendida carrera.

El cielo premió su magnanimidad coronando sus desvelos por la educación de la juventud, con discípulos que, como los Carrascos, Jerves y Adolfo Alvear, como Miguel Moreno, León Muñoz, José Miguel Ruilova, Luis Angel y Lorenzo Coronel y otros, sin olvidar al Dr. José Manuel Pacheco, notable sobre todo por su raro talento diagnóstico, ni menos a los Señores Doctores Nicolás Sojos y Luis A. Loyola, son verdaderas y meritísimas honras del respetado maestro que nos ocupa, lo mismo que



de los eminentes profesores Cueva, Cuesta y Ortega.

Como hombre público, desempeñó por dos distintas ocasiones el honroso cargo de Alcalde Municipal primero, manejando la justicia, con la rectitud de su acrisolada honradez y probidad. Fué también, por varias veces uno de los miembros del Municipio Cuencano que se distinguió en el cumplimiento de tan sagrados deberes.

Como patriota, perteneció siempre al círculo de los moderados. Fué uno de los primeros en protestar contra la Dictadura del Sr. General D. Ignacio de Veintimilla, y contribuyó con cuantos medios pudo disponer, para la caída de este Presidente.

Cual expuse en los rasgos biográficos del Sr. Dr. Francisco Cuesta, tuve la fortuna de ser discípulo de este eximio profesor, y por esto, como por haberme dispensado una amistad íntima y por ello tratado muy de cerca con él, en los últimos días de su vida, así como apoyado en el parecer de hombres competentes, bien puedo asegurar que el Sr. Dr. José Oramas fué, entre nosotros, uno de los representantes de los maestros europeos y hoy lo hubiera sido de Roux y Chantemesse.

Dechado de esposos y de padres, tipo de amigo fiel y constante, ciudadano honrado y pacífico, hombre de variada instrucción y sólidos conocimientos, católico por convicción, dotado de nobles virtudes cristianas, entre las cuales sobresalía la heroica caridad y la moral más estricta; su lamentable pérdida ocurrida el 6 de Abril de 1884, fué un verdadero duelo para sus compatriotas, y algo más para su inconsolable familia, para sus numerosos amigos, y para quien traza estas líneas, lleno del más profundo sentimiento y gratitud, al evocar la imperecedera memoria de uno de sus más queridos y respetados maestros, a quien tuvo el tristísimo consuelo de cerrar sus ojos, que en más felices días, le miraban con la dulzura de padre y confidencial amigo.

JUAN J. RAMOS.